La gallina Carlota

MUSEO
Casa de la Memoria

Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria
Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96520-8-6
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Daniela Esquivel Hincapié

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36–66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

La Tour Eiffel et le Trocadéro.

La gallina Carlota

Vivía alegremente en la finca El Recuerdo, junto a la familia Jaramillo y mis amigas las vacas. Cada mañana, mi amigo Ferney recogía mis huevos, nos saludábamos con cariño y él me alimentaba con esmero. La vida en la finca era un remanso de paz. Las vacas proporcionaban leche y queso, la mula Lola ayudaba a Don Hiperto en los trabajos pesados y todos nos alimentábamos de la huerta que cultivaba Doña Rita.

¡Ser una gallina era todo un placer!

Las mañanas en la finca eran mágicas. El río cantaba su melodía al correr por la ladera, los pájaros entonaban sus himnos y el viento de las montañas nos refrescaba suavemente. Después del desayuno, Ferney me pedía que lo acompañara a la escuela. Juntos, con los demás niños de la vereda, jugábamos y aprendíamos sobre la vida en el campo.

Un día, de camino a la escuela, nos encontramos con personas desconocidas. Vestían de manera diferente, hablaban en voz alta y sus conversaciones eran incomprensibles. Me asusté y aleteé con desesperación, deseando volver a la seguridad de nuestra finca. Ferney, siempre tan valiente, me acarició la cabeza y me dijo con dulzura:

—Carlota, tranquila. A mí tampoco me gustan esos señores, pero ya vamos a llegar a la escuela y todo estará bien.

Bienvenidos a la finca
El Recuerdo

Desde ese día, más y más personas extrañas comenzaron a aparecer en la vereda. Hacían tanto ruido que nos costaba descansar por las noches. Ferney dejó de recoger los huevos y de ir a la escuela y se pasaba todo el día jugando conmigo en casa.

Una madrugada, Ferney me despertó con un gran morral a cuestas. Estaba apurado y me dijo:

—Carlota, vamos, tenemos un paseo con toda la vereda. Pero es un secreto, no podemos hacer ruido. Ven.

Salimos en silencio de la finca y nos encontramos con Don Hiperto y muchas familias más, todos reunidos junto a un bus de escalera. Nos dijeron que íbamos de paseo a Medellín. Ferney, tratando de mostrarse entusiasmado, me hablaba sobre las aventuras que tendríamos allí:

—Hay un tren que transporta a todos por la ciudad y carros que vuelan sobre las montañas. Mi papá dice que es un lugar muy grande y que nos va a gustar.

Aunque Ferney aparentaba estar emocionado, sentí su mano temblar mientras me sostenía. El paisaje cambiaba a medida que avanzábamos; los cultivos y animales desaparecían y eran reemplazados por casas, cada vez más altas, que tapaban el sol y el viento de las montañas. Sentí miedo de nuevo y busqué consuelo en Ferney, quien también estaba intranquilo.

La ciudad era inmensa, con edificios altos y casas de ladrillos por doquier. Había cables que colgaban de un lado a otro y el bullicio era constante: muchos carros, pitos y gente gritando. Llegamos a una estación grande con escaleras mecánicas y ventanas cerradas. Nos indicaron cómo llegar a casa de la tía Claudia:

—Tienen que coger el metro, bajarse en la estación San Antonio, tomar el tranvía y luego el metro cable. Yo los espero en la estación porque no me da para todos esos pasajes.

Por primera vez vi a Don Hiperto llorar. Estaba perdido y el tren del que hablaban parecía complicado. Al verlo así, Ferney se acercó a él y le dijo con ternura:

—Papá, aquí estoy contigo. Sé que esto es difícil, yo también quisiera llorar, pero juntos encontraremos el camino a casa de la tía Claudia. Allí estaremos seguros.

Ferney me tomó en sus brazos y me susurró:

—Carlota, esta gente no entiende que eres mi familia. Necesito que estés muy juiciosa y te escondas aquí.

Un amable señor vestido de azul oscuro nos ayudó. Le dio una aromática a Don Hiperto y le compró una tarjeta para el tren. Después de muchos trayectos y preguntas, llegamos a la estación 13 de noviembre, donde nos esperaba la tía Claudia con un gran abrazo.

Bienvenido
a
Medellin

La tía Claudia nos llevó a su casa, donde me acarició y me dio maíz, diciéndome con una sonrisa:

—Aquí está nuestro pedacito de campo.

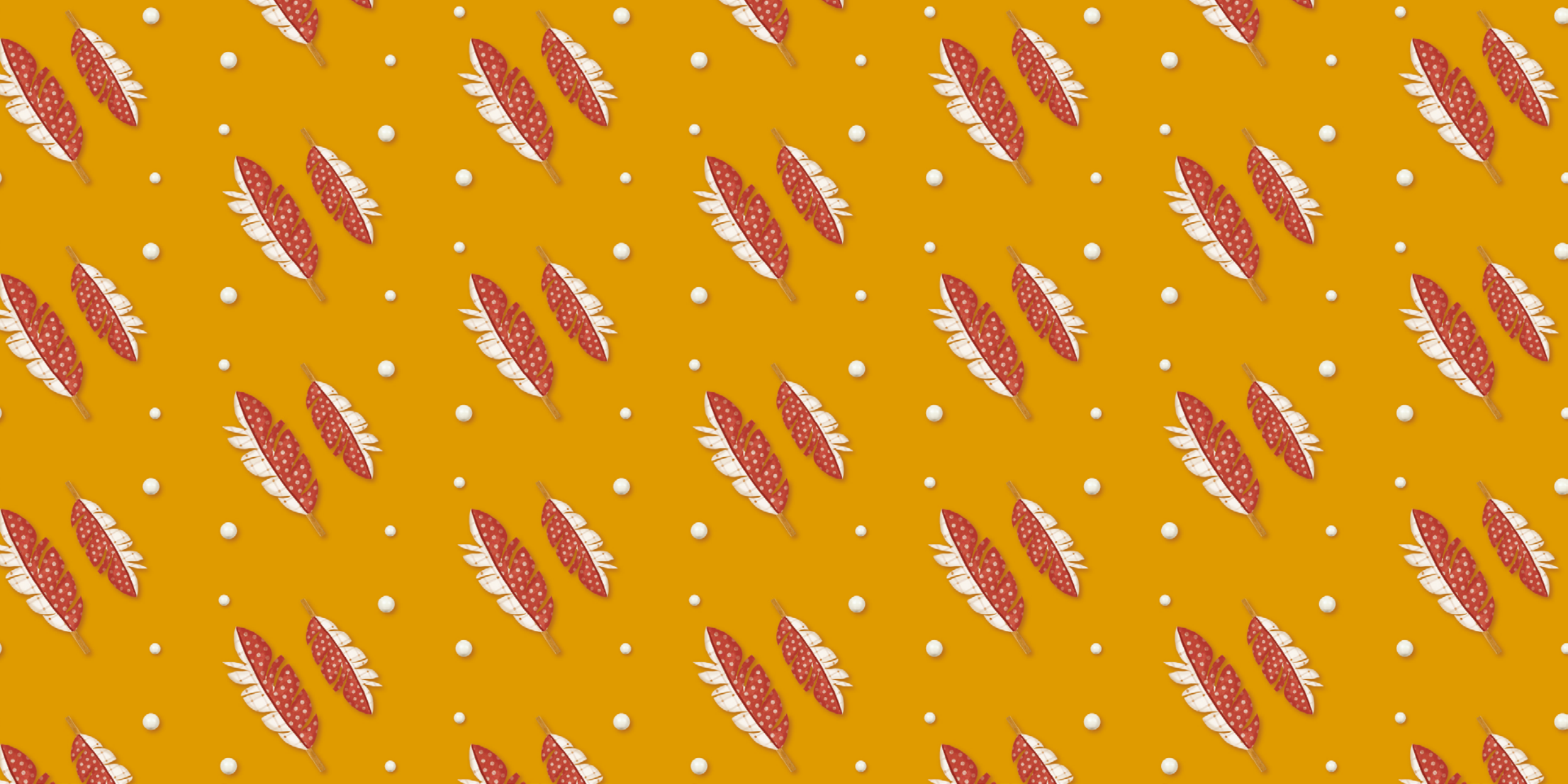
Nos presentó a amigos y más familia en Medellín, se convirtieron en nuestra nueva familia, como antes lo eran los de la vereda. Nos enseñaron a usar el tren y hasta montamos en los carros voladores. Doña Luz, aunque escéptica, pronto se acostumbró a la vida en la ciudad.

Poco a poco, el ruido de la ciudad se volvió familiar y comenzamos a escuchar los pájaros urbanos. En las mañanas, muy temprano, podíamos ver las montañas nubladas, frías y tranquilas, como nuestra querida finca El Recuerdo.

Ferney volvió a la escuela, aunque no podía llevarme. Todas las tardes me contaba sobre sus nuevos amigos y lo que aprendía. Mientras tanto, Don Hiperto se convirtió en un experto en la cocina, haciendo los mejores buñuelos del barrio. Doña Luz trabajaba mucho, pero siempre me acariciaba y me daba algo rico al volver a casa.

La tía Claudia y Doña Luz se dedicaron a ayudar a los recién llegados del campo, guiándolos en la ciudad. Aprendimos a recordar nuestra finca con amor, viéndola en el chocolate de la mañana, en el frío de las montañas y en la comida compartida con otros campesinos.

Poco a poco, el miedo de vivir en Medellín se transformó en alegría. La vida en la ciudad era diferente, pero con amor nos adaptamos y encontramos un nuevo hogar. Juntos construimos una vida llena de recuerdos y nuevas aventuras, siempre llevando en el corazón la paz y la felicidad de la finca El Recuerdo. Una ciudad tan grande es difícil para una gallina, es verdad, pero al menos estoy junto a mi familia.



MUSEO
Casa de la Memoria

Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación